

Mirando atrás o... adelante



¡Qué fácil y qué cómodo es hablar del caudor de nuestros abuelos, los doceañistas, y declarar que todas sus luchas pertenecen a un pasado irrevocablemente muerto en la historia! ¡Qué fácil y qué cómodo repetir que nuestros problemas son no ya de otro siglo, sino hasta de otro mundo, y que todo eso de democracia y de liberalismo ya no se lleva ni se puede llevar! Y, sin embargo, el que estudia atenta y desapasionadamente — es decir, ¡desapasionadamente no!, sino con la pasión de la verdad y de la historia, — el que estudia así el presente, la historia de hoy, verá que hasta para los más exaltados en futurismo, hasta para los que parezcan vivir más en la realidad actual, como no sean energúmenos que se quieran colocar fuera de la historia — lo que es colocarse fuera de la realidad, — como no sean gentes que no sienten la continuidad de la vida social, estamos donde estábamos hace un siglo.

Al «Himno de Riego» sucedió aquí, en España, la «Marsellesa», aun siendo anterior a él, y a la «Marsellesa» sucedió — sólo en parte, y no definitivamente, ni aun entre los mismos sedicentes socialistas — el «Himno de la Internacional». Y no hablamos de himno anarquista, porque éstos, los anarquistas, no cantan a coro ni aun individualmente. El anarquista no es musical. Pero cuando en España se canta hoy la «Internacional» o la «Marsellesa» es para dar expresión a los mismos sentimientos y a las mismas aspiraciones que se expresaban hace un siglo en el «Himno de Riego». O en aquel otro en que se cantaba lo de «Constitución o muerte será nuestra divisa». Porque estamos en si hay o no Constitución. Que de hecho no la hay.

Dentro de algo más de dos años, el 7 de noviembre de 1923, se cumplirán los cien años del suplicio del pobre don Rafael del Riego por haber votado en Sevilla la suspensión — que no deposición — de Fernando VII, y no por haberse sublevado, y cuando ese centenario se celebre — si es que llega a poder celebrarse — estarán en pie los obstáculos tradicionales — que así les llamó don Salustiano Olozaga — de entonces, los mismos, exactamente los mismos que han impedido que España se incorporase a la vida de las democracias europeas.

Y es este estado, en el fondo no muy diferente al del zarismo ruso — aunque sin su abierta y cínica violencia, — es este estado el que hace que aquí, como en Rusia, haya tanta parte de masa popular dispuesta a oír predicaciones contra la democracia y panegíricos de la dictadura. Pero es porque aquí no se ha pasado por la democracia sino en brevísimos y tormentosos periodos en que la lucha que tuvo que sostener para defenderse de la tradición de despotismo la hizo degenerar en demagogia. Y en demagogia rústica o incivil.

¡Pues qué! ¿Hay quien crea que estamos tan lejos de aquella reacción de 1823? De cuando se le llevó al patíbulo a aquel pobre zapatero de la calle de San Antón, de Madrid, Juan de la Torre, por haber exclamado en un momento de exasperación: «Libertad, ¿dónde estás que no vienes?» ¿Y se desterró al alcalde de la corte, don Andrés Oller, por haberse negado a firmar este «asesinato jurídico», como le llama don Ramón de Mesonero Romanos, de quien citamos el hecho, en sus «Memorias de un setentón»? No, no estamos tan lejos de eso.

Eso de que España sea una de las naciones civilizadas en que hay más libertad es un tópico que todos hemos repetido alguna vez. Y ello no es cierto, pues hasta cuando hay más licencia no hay libertad. Ni importa que la haya en las leyes si éstas

no se aplican o se aplican arbitraria y caprichosamente. Porque suelen estar en suspenso, no ya las garantías constitucionales, sino hasta las civiles y de derecho privado.

Y así resulta que toda esa parte de masa popular, a la que se le ha hecho creer que hemos superado los problemas políticos de hace un siglo, y que eso de la democracia es una antiqualla burguesa para continuar la explotación del proletariado, toda esa masa ignora que es el dique puesto a la reforma, a la vida, a la evolución constitucional lo que impide que se abra cauce el movimiento de revolución social.

En tiempo de Riego se oyó en Madrid un grito absurdo, pero que en su incongruencia encierra mucha enseñanza, y es aquel de «¡Viva la República y Riego emperador!» Y años más adelante se pensó en hacer rey a don Baldomero Espartero. Y esto por no decir nada de la curiosísima psicología colectiva que explica el reinado de don Amadeo de Saboya cuando en España apenas si había republicanos. Ni estos, cuando los hubo, pasaron de las aspiraciones de los constitucionales de 1812 y de 1820. Ni pudieron pasar de ellas. Y vino la Restauración, y luego la Regencia. Y aquí estamos.

¿Unión de los liberales? ¿Y para qué? ¿Con qué ideario?

Triste es decirlo, pero el ideario de los liberales, de los verdaderos liberales hoy no puede ser otro que el que llevó al patíbulo a Riego en 1823. Y no puede ser otro, porque no hemos salido del despotismo antiliberal fernandino.

Miguel DE UNAMUNO.

